

bre la igualdad civil, sobre la voluntad nacional legalmente espresada y sobre la libre admision de todos los ciudadanos á las grandezas sociales restablecidas. De este modo habia caminado durante quince años la sociedad francesa, sucesivamente desecha y unida con la prontitud ordinaria de las pasiones populares.

LIBRO VEINTE Y UNO.



Tercera coalicion.

Mansion del papa en Paris.—Esmero de Napoleon para prolongar su estancia.—No habiendo podido operar las escuadras en diciembre, emplea Napoleon el invierno en organizar la Italia.—Transformacion de la república italiana en un reino feudatario del imperio francés.—Ofrécese este reino á José Bonaparte, quien lo rehusa.—Napoleon se decide á colocar la corona de hierro en su cabeza, declarando que las coronas de Francia é Italia se separarán cuando se haga la paz.—Sesion solemne del Senado.—Segunda coronacion de Milan fijada para mayo de 1805.—Creec Napoleon que pasando los Alpes, oculta mejor sus proyectos marítimos.—Aumentanse sus recursos naturales por la repentina declaracion de guerra de Inglaterra á España.—Fuerzas navales de Holanda, Francia y España.—Proyecto de una grande expedicion á la India.—Se vacila un momento entre esta expedicion y el de otra directa contra Inglaterra.—Preferencia definitiva que esta obtiene.—Prepárase todo para ejecutar el desembarco en los meses de julio y agosto.—Las escuadras de Tolon, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest, deben reunirse en la Martinica, para recalar en julio á la Mancha, en fuerza de sesenta navios.—Dispónese el papa á volver á Roma.—Su franqueza con Napoleon antes de salir de Paris.—Contestaciones sobre los diversos puntos propuestos por el papa.—Disgusto de éste, aunque aminorado por el éxito de su viage á Francia.—Marcha del papa á Roma, y del emperador á Milan.—Disposiciones de las cortes de Europa.—Su tendencia á una nueva coalicion.—Estado del gabinete ruso.—Los amigos de Alejandro forman un gran plan de mediacion europea.—Ideas de este plan, verdadero origen de los tratados de 1815.—Se encarga de la aprobacion en Londres, Mr. Nowosiltzoff.—Recibimiento que le hace Mr. Pitt.—El ministro inglés convierte el plan de mediacion en otro de

coalicion contra la Francia.—Vuelta del negociador á San Petersburgo.—Firma el gabinete ruso con lord Gower el tratado de la tercera coalicion.—Para conservar á esta el carácter de mediacion, debe pasar á Paris el negociador.—Vanos esfuerzos de la Rusia para que entre en ella la Prusia.—Consigue mas con el Austria, que se compromete eventualmente.—Sirvese la Rusia de la Prusia para obtener pasaportes en favor de su negociador.—Se conceden los pasaportes.—Napoleon en Italia.—Entusiasmo de los italianos.—Coronacion en Milan.—Eugenio declarado virey.—Fiestas militares.—Proyecta Napoleon espulsar de Nápoles á los Borbones, y reunir Génova á la Francia.—Motivos de esta reunion.—Constitucion del ducado de Luca en provecho de la princesa Elisa. Despues de permanecer por espacio de tres meses en Italia, Napoleon se prepara á marchar á Boloña para ejecutar el desembarco.—Ganteaume no ha podido hacerse á la vela desde Brest.—Villeneuve y Gravin llegan de Tolon y Cádiz en su auxilio á fin de dirigirse todos á la Mancha.—Permanencia de Napoleon en Génova.—Su repentina marcha á Fontainebleau.—Mientras prepara Napoleon el desembarco en Inglaterra, disponen todas las potencias del Norte una guerra formidable contra la Francia.—La Rusia encuentra pretexto en la reunion de Génova para propasarse, y el Austria una razon para decidirse.—Tratado de subsidios.—Armamentos obstinadamente negados á Napoleon.—Este se apercebe de ellos, y dá principio á algunas operaciones en Italia y el Rhin.—Parte para Boloña.—Resuelve embarcarse y se impacienta esperando la escuadra francesa.—Movimiento de las escuadras.—Larga y afortunada navegacion de Villeneuve y de Gravin á la Martinica.—Primeros sintomas de decaimiento de ánimo del almirante Villeneuve.—Rápida vuelta á Europa y marcha sobre el Ferrol para libertar este puerto.—Batalla naval del Ferrol contra el almirante Calder.—Se consigue el objeto librando al Ferrol y reuniendo las divisiones francesa y española.—En vez de favorecer á Ganteaume para reunir cincuenta navios en la Mancha, Villeneuve desconcertado se dirige á Cádiz cuando cree Napoleon que marcha á Brest.—Larga espera del emperador en Boloña.—Sus esperanzas al recibir las noticias del Ferrol.—Su irritacion al saber la marcha de Villeneuve sobre Cádiz.—Violenta agitacion é incomodidad contra el almirante Decrés.—Nuevas positivas de los proyectos del Austria.—Brusca mudanza de resolucion.—Plan de campaña de 1805.—Napoleon se decide contra el continente.

Tres dias despues de la ceremonia de la coronacion, quiso Napoleon distribuir al ejército y á la guardia nacional las águilas de las banderas del Imperio. Esta ceremonia se verificó en el campo de Marte: los representantes de todos los

departamentos fueron á recibir las águilas que les estaban destinadas, al pié de un magnífico trono levantado delante del palacio de la escuela militar, y antes de recibir las prestaron juramento, que cumplieron despues, de defenderlas hasta la muerte. El mismo dia se dió un gran banquete en las Tullerías, al que asistieron el emperador y el papa, revestidos imperial y pontificalmente, y servidos por los grandes oficiales de la corona.

La multitud, ávida de espectáculos, se alegraba con aquella pompa, y muchos hombres de talento la admitian como una consecuencia natural del restablecimiento de la monarquía. Por lo demas, ningun siniestro presagio turbó la satisfaccion pública, pues todos creian en la duracion del nuevo orden de cosas. Aunque envuelta en una magnificencia desusada, se veia por fin la fiel consagracion de los principios republicanos, la prosperidad del pais, á pesar de la guerra, y una continuacion de grandeza que elevaba el orgullo nacional.

El santo padre no hubiera deseado permanecer mucho tiempo en Paris, pero esperaba encontrar ocasion favorable para esplicar á Napoleon los votos secretos de la córte romana, y asi se resignaba á quedarse por dos ó tres meses. La estacion tampoco le permitia atravesar al pronto los Alpes. Napoleon que queria tenerlo á su lado para que conociese á la Francia, para hacerle apreciar su espíritu, para que comprendiese las condiciones, con las cuales era posible el restablecimiento de la religion, le retenia con la mayor finura y por último logró reducirle. Pio VII se hospedaba en las Tullerías y podia entregarse

libremente á sus gastos modestos y religiosos, pero cuando salia, se hallaba rodeado de todos los atributos del poder supremo, escoltado por la guardia imperial y cercado de honores. Su rostro venerable, y sus virtudes interesaban sobremanera al pueblo de Paris que le seguia por todas partes con curiosidad, simpatía y respeto. Recorría las parroquias de Paris y oficiaba en ellas en medio de una afluencia extraordinaria de gentes. Su presencia aumentaba el impulso religioso que Napoleon se habia propuesto dar á los ánimos con gran contentamiento del sumo pontífice, quien se ocupaba en visitar los monumentos públicos y los museos que Napoleon habia enriquecido, tomando interes por todo lo que podia contribuir á las grandezas del nuevo reinado. En una visita que hizo á un establecimiento público, se portó con tal tino y acierto que le valieron la aprobacion general. Rodeado de una turba arrodillada que le pedia su bendicion, descubrió un hombre cuyo semblante grave y dolorido conservaba todavía el sello de nuestras estinguidas pasiones y que se ocultaba para sustraerse á la bendicion pontifical. El santo padre le dijo con dulzura acercándose á él.—No huyais, amigo, la bendicion de un anciano jamás ha hecho mal á nadie.—Esta frase noble y patética fué repetida y aplaudida en todo Paris.

Las funciones y los hospitalarios cuidados prodigados á su venerable huésped, no habian podido distraer á Napoleon de sus grandes negocios. Las escuadras destinadas á efectuar el desembarco, seguian absorbiendo su atencion. La de Brest estaba por fin en disposicion de hacerse á la vela; pero la de Tolon, se atrasó en su equipo

porque se la quiso hacer constar de once navios en vez de los ocho de que se componia, y en esto invirtió todo el mes de diciembre, no pudiendo salir tampoco en el de enero, cuando ya estaba completa, á causa de los vientos contrarios. El almirante Missiessy con cinco navios armados en Rochefort, esperaba una tempestad para sustraerse á su salida del enemigo, en tanto que Napoleon consagraba todo este tiempo en la administracion interior de su nuevo imperio.

Aunque decidido á una guerra á todo trance contra la Inglaterra, creyó deber empezar su reinado dando un paso en aquel momento inútil y que además de su inutilidad tenia el inconveniente de ser una repeticion de otro paso muy oportuno que dió cuando su advenimiento al consulado. Escribió, pues, una carta al rey de Inglaterra proponiéndole la paz, y la envió con un bergantin al crucero inglés estacionado delante de Bolonia. Comunicóse inmediatamente al gabinete británico, que mandó á decir que responderia mas adelante. En 1800 era la paz no solo posible, sino necesaria para las dos potencias y las gestiones hechas al efecto en aquella época por el primer consul, tanto mas á propósito, cuanto fué vergonzoso para Mr. Pitt su negativa á las proposiciones de paz despues de las victorias de Marengo y de Hohenlinden; negativa que fué una de las causas principales de la caida de este ministro. Pero en 1805, estando ya ambos pueblos en disposicion de comenzar la guerra, y sus pretensiones en el caso de no poder ser ajustadas sino con la fuerza de las armas, una proposicion de paz parecia visiblemente un pretexto para tener ocasion de ha-

blar al rey de Inglaterra de monarca á monarca.

Lo que exigia mucha mas prisa que estas inútiles gestiones era la organizacion definitiva de la república italiana que, como hija de la francesa, debia seguir entodo la suerte de su madre. Cuando la Consulta de Lyon, en 1802, se constituyó á imitacion de la Francia, adoptando un gobierno republicano en la forma y absoluto de hecho, y parecia natural que en el caso presente diese el último paso identificándose con la Francia y que de república pasase á monarquía.

Ya hemos referido en el libro anterior las comunicaciones que Mr. de Cambaceres y el ministro de la república italiana en Paris, Mr. de Marescalchi, habian tenido encargo de hacer al vice-presidente Melzi y á los miembros de la Consulta de estado. Estas comunicaciones fueron favorablemente acogidas, á pesar de que agriado el humor del vice-presidente Melzi á causa del mal estado de su salud y del peso de un cargo superior á sus fuerzas, mezcló en su respuesta algunas reflexiones bastante amargas; pero de todos modos los italianos aceptaron sin violencia la transformacion de su república en monarquía, porque esperaban aprovechar aquella ocasion para obtener á lo menos en parte, el cumplimiento de sus votos. Reducianse estos á desear un rey, pero un rey que fuese hermano de Napoleón, con la condicion de que la eleccion habia de recaer en José ó Luis Bonaparte, y no en Luciano á quien escluian formalmente; que este rey les perteneceria en propiedad; que residiria constantemente en Milan; que las dos coronas de

Francia y de Italia quedarian separadas inmediatamente; que todos los funcionarios serian italianos; que no se pagaria ningun subsidio para el sosten del ejército francés, y que por último, Napoleon se encargaria de hacer adoptar al Austria este nuevo cambio.

Con estas condiciones, decia el vice-presidente Melzi, quedarán los italianos satisfechos, por que hasta ahora todas las ventajas que han reportado de su independencia, han sido un aumento de contribuciones.

La idea de que su dinero desaparezca al otro lado de las fronteras, preocupa generalmente á los italianos, sometidos por tanto tiempo á las poderosas miras de allende los Alpes. Sin embargo, tienen un motivo de mas fuerza y mas noble aun para desear su independencia, y es el de vivir bajo un gobierno nacional. Indignábase Napoleon cuando le daban razones bajas y mezquinas pero no se sorprendia, porque, aunque en general tenia en poco á los hombres, no trataba nunca de degradarlos; ni es posible tampoco pensar en esto cuando se quiere exigir de ellos grandes cosas; así es que las razones del vice-presidente Melzi no pudieron menos de indignarle.—¡Cómo, exclamó, los italianos no sienten mas que el dinero que les cuesta su independencia! en ese caso era menester considerarlos muy bajos y miserables; en cuanto á mi, estoy muy lejos de suponerlos tales. ¿Pueden acaso alcanzar su libertad, ni aun defenderse sin los soldados franceses? y si no pueden, ¿no es justo que contribuyan á sostener el ejército francés que derrama su sangre por ellos? ¿Quién ha reu-

nido en un solo estado, para hacer un cuerpo de nacion, cinco ó seis provincias gobernadas en otro tiempo por cinco ó seis diferentes principes? ¿Quién sino el ejército francés, y yo que estoy á su cabeza? Si yo hubiera querido, la Italia estaria hoy desmembrada, distribuida en suplementos, y una parte seria del papa, otra de los austriacos y otra de los españoles. A este precio, hubiera desarmado las potencias y conquistado para la Francia la paz del continente. ¿No ven los italianos que la constitucion de su nacionalidad empieza por un estado que comprende ya la tercera parte de toda la Italia? ¿No está su gobierno compuesto de italianos y fundado sobre los principios de la justicia, de la igualdad, de una libertad sabia, y en una palabra sobre los principios de la revolucion francesa? ¿qué quieren mas? ¿Puedo yo hacerlo todo en un dia?

Indudablemente en aquella circunstancia tenia Napoleon toda la razon de su parte contra la Italia. Sin él, la Lombardia hubiera satisfecho con sus restos, no solo al papa, sino al emperador de Alemania, á la España, á la casa de Cerdeña, y servido de equivalente para la reunion del Piamonte á la Francia, y aunque Napoleon, en verdad, hubiese trabajado en constituir la nacionalidad italiana por los intereses de la politica francesa, ¿no era un gran beneficio para los italianos esta misma exigencia de la referida politica? ¿No debian á esta politica la reunion de todos sus esfuerzos? y por otra parte, 22.000,000 anuales para mantener poco mas de treinta mil hombres, número ficticio, porque se necesitaban á lo menos sesenta mil, ¿era una

carga tan pesada, para un país que contenia las provincias mas ricas de Europa?

Por lo demas, Napoleon no se cuidaba mucho de las reclamaciones lastimeras del vicepresidente Melzi, y sabia que no debian tomarse al pié de la letra, porque el partido moderado, que era con el que gobernaba, abandonado por la nobleza y el clero que se inclinaban en general hácia el Austria y por los liberales imbuidos todos con ideas exaltadas, el partido moderado, decimos, sentia en su aislamiento cierta tristeza, y pintaba á propósito la situacion con colores sombríos; por lo mismo Napoleon no le hacia caso, y ocupado siempre de sustraer la Italia á la influencia austriaca, buscaba el medio de acomodar sus instituciones á las nuevas instituciones de la Francia.

La consagracion habia dado motivo á que se reuniesen en París el vicepresidente Melzi y algunos delegados de las diferentes autoridades italianas, los cuales entraron en conferencia con MM. Cambaceres, Marescalchi y Talleyrand, y quedaron conformes en todos los puntos, excepto en uno solo, que fué el subsidio que exigia la Francia, porque los italianos al paso que invocaban la ocupacion francesa, como su salvacion, no querian soportar los gastos que ocasionaba.

El archi-canciller Cambaceres tuvo en seguida el encargo de tratar con José Bonaparte la cuestion de su elevacion al trono de Italia, que, con gran asombro de Napoleon, rehusó José por dos motivos, uno muy natural y el otro en extremo presuntuoso. Declaró José que en virtud del

principio de la separacion de las dos coronas, y siendo una de las condiciones para subir al trono de Italia el renunciar del todo al de Francia, preferia quedar como príncipe francés con todos sus derechos de sucesion al Imperio. Esta pretension era tan natural como patriótica, pues como Napoleon no tenia hijos, preferia la lejana posibilidad de reinar un dia en Francia, á la certidumbre de reinar inmediatamente en Italia. El segundo motivo de negativa que dió José, era que el reino que se le ofrecia estaba demasiado inmediato y desde luego demasiado dependiente y no podria reinar sino bajo la autoridad del jefe del imperio francés, á cuyo precio no le convenia ocupar el trono. En esto daba desde luego una prueba de la mas loca vanidad al rehusar los consejos de un hombre como Napoleon, y al mismo tiempo mostraba la mas impolitica ingratitud, queriendo sustraerse á su poderio, porque á la cabeza de un estado italiano de nueva creacion, tender al aislamiento, era tender á la pérdida de la Italia y á debilitar la Francia á la vez.

Cuantas instancias se le hicieron fueron inútiles, y aunque su futura elevacion al trono se habia anunciado ya á todas las córtes que estaban en relacion con la Francia, como eran el Austria, la Prusia, y la Santa Sede, etc. Fué necesario variar de idea, y formar otra nueva combinacion. Conociendo Napoleon por esta última circunstancia que no debia crear en Lombardia una soberanía celosa, dispuesta á contrariar sus grandes proyectos, resolvió ceñirse á sí mismo la corona de hierro y calificarse EMPERADOR DE LOS

FRANCESES Y REY DE ITALIA. Una sola objeccion se le presentaba para este objeto y era la de aproximar demasiado la reunion del Piamonte á la Francia, pues en ello se esponia á herir profundamente al Austria y hacerla cambiar sus disposiciones pacificas por las belicosas de Mr. Pitt, que desde su vuelta á los negocios, trataba de aprovechar el rompimiento de las relaciones diplomáticas entre la Francia y la Rusia para anudar una nueva coalicion. Con el fin de evitar este inconveniente se propuso Napoleon declarar formalmente que la corona de Italia solo ceñiria sus sienes hasta la paz, en cuya época procederia á la separacion de las dos coronas, eligiendo entre los príncipes franceses, el que debiera sucederle. Por de pronto, adoptó á Eugenio de Beauharnais hijo de Josefina, y á quien amaba como si hubiese sido su propio hijo, y le confió el vireinato de Italia.

Ya decidido en llevar á cabo este pensamiento no se molestó mucho por obtener el beneplácito de Mr. Melzi, cuyas quejas demasiado infundadas, empezaban á incomodarle, porque descubria en él mucho mas deseo de grangearse una especie de popularidad, que intencion de trabajar de comun acuerdo en la coaconstitucion futura de Italia. MM: Cambaceres y Talleyrand fueron los encargados de comunicar estas resoluciones á los italianos presentes en Paris, y combinar con ellos los medios de ejecucion. Estos últimos manifestaron sus temores de que los tres grandes colegios permanentes, el de los *possidenti*, los *dotti* y los *commercianti*, á quienes estaba confiado el cuidado de elegir las autoridades, y modificar la constitucion

cuando hubiere demasiada necesidad, se resistiesen á cualquier otro proyecto que no fuese el de una monarquía lombarda, separada inmediatamente de la monarquía francesa, y que por toda resistencia no opusiesen la pereza italiana, sin acudir á votar ni en pró ni en contra. Pero Napoleón renunció en esta ocasión al empleo de formas constitucionales; obró como creador que habia hecho de la Italia lo que era, y que tenía todavía el derecho de hacer que se convirtiese en lo que juzgase útil. Mr. de Talleyrand le dirigió un informe, en el cual manifestaba que aquellas provincias dependientes, unas de la antigua república veneciana, otras de la casa de Austria, estas del duque de Módena, y aquellas de la Santa Sede, y reunidas por la conquista en un solo estado, dependian, como provincias conquistadas, de la voluntad del emperador de los franceses; que lo que les debía era un gobierno equitativo, adaptado á sus intereses, y fundado sobre los principios de la revolución francesa; pero que por lo demás podía dar á este gobierno la forma que mas conviniera á sus vastos proyectos. A esto seguia un decreto constitutivo del nuevo reino, decreto que debía ser adoptado por la Consulta de Estado, y los diputados italianos presentes en París, comunicado en seguida al senado francés, como uno de los grandes actos constitucionales del Imperio, y promulgado en una sesión imperial. Era necesario, sin embargo, que la Italia figurase algo en estas nuevas determinaciones, y por lo mismo se pensó en preparar para ella la escena de una coronación. Resolvióse sacar del tesoro de Monza la famosa corona de hierro de los reyes lombardos,

para que Napoleón la pusiera sobre su frente despues de haberla hecho bendecir por el arzobispo de Milan, conforme á la antigua usanza de los emperadores germánicos, que recibian en Roma la corona de Occidente, pero en Milan, la de Italia. Esta escena debía conmover á los italianos, despertar sus esperanzas, tranquilizar el partido de la nobleza y el clero, que sentia mas que todo en la dominación austriaca las formas monárquicas, y satisfacer al pueblo, siempre entusiasta del lujo de sus señores; porque este lujo, al mismo tiempo que encanta su vista, alimenta su industria. En cuanto á los liberales ilustrados, debian persuadirse por último, de que la asociación de los destinos de la Italia á los de la Francia, era lo único que podía asegurar su porvenir.

Se convino en que despues de la adopción del nuevo decreto, los diputados italianos, el ministro Marescalchi, y el gran maestro de ceremonias Mr. de Segur, pasarian á Milan antes que Napoleón, para organizar en aquella ciudad una corte italiana, y preparar las funciones de la coronación.

Mil rumores corrian en aquellos instantes entre la diplomacia europea, diciendo unos que Napoleón iba á dar la corona de Holanda á su hermano Luis, otros que preparaba la de Nápoles para José, y otros que iba á reunir Génova y la Suiza al territorio francés, y aun hubo personas que sostuvieron que Napoleón queria hacer papa al cardenal Fesch, y que hablaban ya de que la corona de España estaba reservada á un príncipe de la casa de Bonaparte. El odio de sus enemigos adivinaba algunos puntos de sus proyectos, exa-

geraba otros, le sugería aquéllos en que no se había atrevido á pensar, y los facilitaba ciertamente, preparando la opinion de la Europa. La sesion del Senado, para la promulgacion del decreto constitutivo del reino de Italia, debia responder á todas aquellas suposiciones verdaderas ó falsas, pero exageradas en aquel momento.

Antes de todo se reunió á los diputados italianos en París, se sometió á su juicio el decreto, al cual se adhirieron por unanimidad, y despues se ordenó la sesion imperial para el 17 de marzo de 1805 (26 ventoso, año XIII). El emperador se presentó en el Senado á las dos, rodeado de todo el aparato de los soberanos constitucionales de Inglaterra y Francia, cuando celebran una sesion real. Recibióle á la puerta del palacio de Luxemburgo una numerosa diputacion y en seguida fué á sentarse en un trono, á cuyo rededor estaban colocados los principes, los seis grandes dignatarios, los mariscales y los grandes oficiales de la corona. Ordenó la comunicacion de los actos que debian formar el objeto de aquella sesion, y en su consecuencia Mr. de Talleyrand leyó su informe, y á continuacion el decreto imperial; una copia del mismo decreto en lengua italiana, que contenia la adhesion de los diputados lombardos, fué leida despues por el vice-presidente Melzi, luego el ministro Marescalchi presentó aquellos diputados á Napoleon, en cuyas manos prestaron juramento de fidelidad como al rey de Italia. Concluida esta ceremonia, Napoleon, sentado y cubierto, pronunció un discurso enérgico y conciso, como sabia hacerlos y de cuya tendencia se podrá juzgar fácilmente.

SENADORES:

«Hemos querido en esta ocasion presentarnos entre vosotros, para manifestaros nuestro pensamiento sobre uno de los puntos mas importantes de la politica del estado.

«Hemos conquistado la Holanda, las tres cuartas partes de la Alemania, la Suiza y la Italia. Hemos sido moderados en medio de la mayor prosperidad. De tantas provincias no hemos conservado mas que lo necesario para mantenernos en el mismo punto de consideracion y de poder en que siempre ha estado la Francia. La particion de la Polonia, las provincias sustraídas á la Turquía y la conquista de las Indias y de casi todas las colonias, hubiera roto en detrimento nuestro equilibrio general.

«Todo cuanto hemos juzgado que no necesitaba restablecerse, lo hemos devuelto.

«La Alemania ha sido evacuada, sus provincias han vuelto á poder de los descendientes de tantas casas ilustres, que estaban para siempre perdidas, si no les hubiesemos concedido una generosa proteccion.

«El Austria misma, despues de dos guerras desgraciadas, ha obtenido el estado de Venecia, el cual hubiera tomado en cualquiera época y amigablemente en cambio de las provincias que ha perdido.

«No bien acabada de conquistar la Holanda, fué declarada independiente. Su reunion á nuestro imperio, hubiera sido el complemento de nuestro sistema comercial, porque los rios mas

caudalosos de la mitad de nuestro territorio desembocan en Holanda. Sin embargo la Holanda es independiente, y sus aduanas su comercio y su administracion, se rigen á voluntad de su gobierno.

«La Suiza estaba ocupada por nuestros ejércitos; la defendimos contra las fuerzas combinadas de la Europa. Su reunion hubiera completado nuestra frontera militar. No obstante, la Suiza se gobierna, segun el acta de mediacion, á voluntad de sus diez y nueve cantones, independiente y libre.

«La reunion del territorio de la república italiana al imperio francés, hubiera sido útil al desarrollo de nuestra agricultura; sin embargo despues de la segunda conquista, hemos confirmado en Lyon su independencia. Todavía mas hacemos hoy, que proclamamos el principio de la separacion de las coronas de Francia y de Italia, fijando para la época de esta separacion, el instante en que sea posible y sin peligro para nuestros pueblos de Italia.

«Hemos aceptado y ceñiremos á nuestras sienes esta corona de hierro de los antiguos lombardos, para refrescarla y asegurarla bien. Pero no vacilamos en declarar que transmitiremos esta corona á uno de nuestros hijos legítimos, sea natural ó adoptivo, el dia que cesen las alarmas sobre la independencia que hemos garantido á los demás estados del Mediterraneo.

«En vano intentará el genio del mal volver á encender la guerra en el continente; lo que haya sido reunido á nuestro imperio por las leyes constitucionales del estado, quedará reunido á él. No se incorporará ninguna otra provincia, pero las le-

yes de la república bátava, el acta de mediacion de los diez y nueve cantones suizos, y este primer estatuto del reino de Italia, estará siempre bajo la proteccion de nuestra corona, y no consentiremos nunca que sufra la menor alteracion.»

Despues de pronunciar este discurso tan altivo y perentorio, recibió Napoleon el juramento de algunos senadores que acababa de nombrar, y volvió rodeado de la misma comitiva al palacio de las Tullerías. MM. de Melzi, Marescalchi y los demás italianos recibieron la orden de marchar á Milan, donde tenian que preparar los ánimos para la nueva solemnidad que acababa de quedar resuelta. El cardenal Caprara, legado del papa cerca de Napoleon, era arzobispo de Milan cuyo cargo habia aceptado solo por obediencia, pues era muy anciano, estaba consumido por las enfermedades, y despues de haber pasado muchos años de su vida en las córtes se hallaba mas dispuesto á renunciar al mundo, que á prolongar su permanencia en él. Sin embargo, tantas fueron las súplicas de Napoleon, que con el beneplácito del papa, salió para Italia con objeto de coronar en ella al nuevo rey, segun el antiguo uso de la iglesia lombarda. Mr. de Segur se puso tambien en camino inmediatamente con orden de apresurar todo lo posible los preparativos, pues Napoleon habia decidido salir en el mes de abril, y que su coronacion se verificase en el mes de mayo.

Esta excursion en Italia se acomodaba perfectamente con sus proyectos militares y aun les era de muy grande ayuda. Napoleon tuvo precision de esperar todo el invierno para que sus escuadras estuviesen prontas á salir de Brest, de Rochefort

y de Tolon. En enero de 1805 se cumplian ya cerca de veinte meses que estaba declarada la guerra marítima, porque el rompimiento con la Inglaterra fechaba desde mayo de 1803; y sin embargo las escuadras de alto bordo no habian podido ponerse á la vela; pues á pesar de que á la administracion no le faltó el vivo impulso de Napoleon, en la marina no se hace nada con prontitud, circunstancia que ignoran demasiado las naciones que aspiran á crear una marina poderosa. Sin embargo, fuerza es decir que las escuadras de Brest y de Tolon hubieran estado armadas mas pronto, si no se hubiera querido aumentar el número de sus buques. La de Brest ascendió de diez y ocho que tenia hasta veinte y un navios, y podia embarcar un material considerable, sin el recurso de los buques de transporte embargados al comercio. Cuando se concibió el proyecto de aparejar en invierno con tiempo fuerte, fué necesario renunciar á que sirviesen de acompañamiento buques de poca cabida, tan incapaces de seguir á los navios de línea, como de aguantar el remolque; por consiguiente hubo que echar mano de navios viejos de guerra, que se habian armado en fusta y cargado de hombres y materiales. Por este medio la escuadra podia salir toda completa, y en cualquier tiempo abordar á Irlanda, depositar en sus playas sus diez y siete mil hombres y su material y volver despues á la Mancha. En cuanto á lo demás, estuvo dispuesta en noviembre como se queria. La de Rochefort, compuesta de cinco navios y cuatro fragatas, conduciendo tres mil hombres, cuatro mil fusiles y diez mil libras de pólvora, estuvo tambien lista para la misma época; y solo las de Tolon cuyos

navios se habian aumentado desde ocho hasta once, exigió todo el mes de diciembre. El general Lauriston, ayudante de campo de Napoleon, tuvo orden de componer un cuerpo de seis mil hombres, perfectamente escogidos, con cincuenta bocas de fuego y pertrechos de sitio y embarcarlo todo á bordo de la escuadra de Tolon. Esta, como hemos dicho, debia al paso echar una division en Santa-Elena para apoderarse de esta isla, llegar al Surinam; recuperar las colonias holandesas, reunirse en seguida á la escuadra de Missiessy que por su parte deberia haber recorrido las Antillas francesas y devastado las inglesas, y ambas escuadras despues de haber llamado la atencion de los ingleses hácia la América y facilitado la salida de Ganteaume, tenian orden de volver á Europa. Ganteaume, cuyos preparativos estaban ya terminados, esperó todo el invierno que Missiessy y Villeneuve, saliendo de Rochefort y de Tolon, llevasen tras sí á los ingleses. Missiessy á quien faltaba viveza, pero no valor, salió el 11 de enero de Rochefort con una tempestad horrorosa, y pasando los estrechos ganó la alta mar, sin ser visto ni tropezado por los ingleses y se dirigió hácia las Antillas con cinco navios y cuatro fragatas, habiendo reparado en la mar las pequeñas averías que sufrieron sus buques. En cuanto á Villeneuve á quien el ministro Decrès comunicó una exaltacion facticia y de poca duracion, se desanimó desde el momento en que vió de cerca la escuadra de Tolon. Para formar once tripulaciones con ocho, fué necesario dividir las y por consiguiente debilitarlas, y se les habia completado con suficiente número de quintos sacados del ejército de tierra. Los